

dama, con esa falta de prejuicios que sólo se observa en los niños y en los viejos, aquéllos por ignorarlo todo y éstos por no creer ya en nada, tomando al anciano guardabosque de las manos le ayudó a levantarse, diciéndole dulcemente: «—Y bien, amigo mío, no habéis hecho más que cumplir con vuestro deber, como en los viejos tiempos. Yo, por mi parte, siempre procuré hacer honor al que me cupo en suerte»—. Entonces, el anciano, que había asistido al desastre de Sedán, luchando por Napoleón III, profundamente emocionado, puso con unción en la mano que se le tendía un respetuoso beso, que terminó en una lágrima. Aquella anciana era la Emperatriz Eugenia.

¡Qué lejos aquellas cacerías de Compiègne y los brillantes desfiles militares ante las doradas verjas de las Tullerías, en los que los vistosos uniformes de los zuevos ponían oro del sol de Argelia sobre este acero del cielo brumoso del París de los nacientes Campos Eliseos! Y, ¡qué lejos también aquel solemne día en que el Obispo Sibour, bendiciendo su matrimonio con Napoleón III, la consagraba Emperatriz de los franceses! Y, sobre todo, ¡qué lejos España, Madrid, la juventud, prólogo de esta gran aventura que fué su vida, a la que sí, en ocasiones, faltó una bella partitura para ser ópera, otras veces sobrepasó los tonos de la tragedia!

...Y, ahora, el destierro... Chislehurst. Inglaterra que ofrece un refugio a los Bonaparte en desgracia. Inglaterra, implacable con Napoleón I, a quien impusiera por albergue un Longwood, y por huésped a Hudson Lowe, se muestra generosa con Napoleón III y le brinda un castillo en las verdes praderas de uno de sus condados. Y es que este Napoleón no podía ser jamás motivo de preocupación para el Imperio británico, robustecido con la debilidad de los demás Estados y del que Benjamín Disraeli, imprimiéndole una dirección eficaz, consiguió para sí el título de Conde de Beacomfield y la pairía del Reino y un nuevo tratamiento para la Graciosa Majestad de la Reina Victoria.

1872. La Emperatriz borda sus recuerdos sobre los verdes jardines de Farnborough y cada puntada en la labor va seguida de una mirada para el hijo, que crece en la belleza de la madre. «Decididamente, Eugenio Luis está ya hecho un hombre y habrá que ir pensando en bucarle una novia digna de su estirpe»—piensa la Emperatriz—. «Nos hace viejos». Y pone en este pensamiento toda la ternura hacia los nietos presentidos, y una nueva vida de felicidad ignorada. Y tiene un momento de madre, en que, abandonando la labor sobre el césped, corre a abrazar al hijo, que siempre le devuelve con creces la caricia, con cariño de hijo y respeto de súbdito, a la que, siendo su madre, es su Soberana.

9 de enero de 1873. La campana de la iglesia de San Miguel de Dettailleur, de Farnborough, toca a muerto en aquella mañana de invierno, por el alma de Napoleón III. Una nueva amargura para la Emperatriz, que ya es solamente madre. Después de las formalidades protocolarias de las exequias, agotada, la tensión nerviosa perdida, relajados los sentidos; cuando se cree sola en su agudo dolor, un brazo amigo la atrae hacia un pecho varonil, que junta sus oraciones a las de ella. Siente la protección de este abrazo, y es, en esta mañana de enero, cuando la Emperatriz ha tenido verdaderamente a su hijo.

Finalizaba el año 1878. El Imperio británico se conmovía con

El ocaso de una vida: La Emperatriz Eugenia, anciana, ha contemplado el hundimiento del Tercer Imperio. En España, acompañada de su sobrino-nieto, el Duque de Alba, visita un balneario.

el levantamiento de los zulús que, acaudillados por Fuzzy Wuzzy, pretendían independizar el Sudán y la Somalia de la opresión inglesa. Aquel «Fuzzy Wuzzy, habitante del Sudán, valiente como un soldado y más malo que Satán», de las cancioncillas que en la época lanzaban los «music-hall» del Limehouse y Withechapel.

Eugenio Luis, que ha heredado el óvalo perfecto de su madre, es a la sazón un apuesto oficial del ejército inglés. El talle esbelto, el pie breve y un leve bigote rubio, litografian en arrogancia su melancólica estampa de príncipe sin patria, que obligado a la Nación que les ofreciera su pan y su sal, pagaba en inmenso sacrificio esta hospitalidad que recibieran él y los suyos en la hora de la derrota.

Se incorpora con su regimiento a las fuerzas expedicionarias, y la Emperatriz acude a despedirle a Southampton, y allí, junto con las últimas recomendaciones que hacen las madres, le da un beso, que ha de ser el último. La Emperatriz no lo verá más.

El 1 de enero de 1879, la Emperatriz fué víctima de uno de esos fenómenos de alucinación, de los que tanto se ocupó Flammarion en sus trabajos de vulgarización sobre la muerte y su misterio.

Regresaba de Londres hacia Chislehurst, en carruaje, cuando su dama de honor vió, con el consiguiente sobresalto, que súbitamente y lanzando un grito, su augusta señora se cubría el rostro con las manos, sumiéndose en honda congoja. Más tarde, y en apariencia tranquilizada, explicó que había visto reflejada en el cielo una horrible escena, en la que el Príncipe Imperial aparecía ensangrentado y solo, luchando en medio de un numeroso grupo de enemigos.

Dos días más tarde, el telégrafo transmitía oficialmente la heroica muerte de Su Alteza Imperial el Príncipe Eugenio Luis Napoleón Bonaparte, luchando contra los zulús y defendiendo la bandera inglesa.

Al recibir la fatal noticia, dicen que la Emperatriz se desmayó. Y fué, a partir de aquel momento de tan hondo dramatismo, cuando empezó a sentir la inquietud de viajar, que había de acompañarla hasta el fin de sus días, y desarrolla su vida de nómada ilustre, hospedándose, unas veces, en las casas de las más linajudas familias de la aristocracia europea, y, en otras ocasiones, se recluye en su «villa» de Cap Martín, o bien en su palacio de Granada, en donde es un recuerdo vivo que vive de recuerdos.

Nació doña María Eugenia Ignacia Agustina de Guzmán y Palafó en Granada, el 5 de mayo de 1826. Hija de don Cipriano Portocarrero, Conde de Montijo y de Teba, Marqués de Ardales, Grande de España, y de su esposa, doña María Manuela Kirkpatrick de Closeburn y Grevigné. Pasó su infancia y los primeros años de su juventud en esta ciudad, estableciéndose, a la muerte del Conde de Montijo, acacida en 1839, en compañía de su madre y de su hermana primogénita, doña María Francisca, en Madrid. Siendo el célebre palacio de Ariza escenario del prólogo de su vida, que tan intensamente había de vivir. Los hombres a la moda, que en aquel tiempo hicieron furor, se rin-

(Continúa en la pág. 11)



Señoritas, señoras: ¡Un buen consejo que agradeceréis! No pretendáis embelleceros sólo con productos de tocador. Debéis también reconstituir vuestro organismo: para ello precisa toméis Eupartol, vigorizador único del sexo femenino. Con el Eupartol desaparecerán manchas, rojeces, granos, espinillas, arrugas prematuras, obtendréis un cutis limpio. Eupartol endurecerá vuestros senos, desapareciendo la flacidez y caimiento de éstos. ¡Eupartol, secreto de vuestra belleza! Eupartol cura molestias y desarreglos mensuales, devolviéndoos salud y hermosura. Madres, no abandonéis la edad crítica... la pubertad de vuestras hijas, ayudadlas con Eupartol. Futuras madres: debéis tomar Eupartol desde el quinto mes; tendréis un rápido y feliz parto; hijos sanos y robustos (mejoraréis la raza). Muchas ya conocéis innumerables servicios prestados por este gran preparado: si lo ignoráis, probadlo y os convenceréis. Señoras: Escuchen diariamente a las 12,30 la interesante Sección Femenina y de Belleza a cargo de los Laboratorios Eupartol, dirigida por doña Monserrat Fortuny, que emite diariamente Radio España n.º 2, de Barcelona. También pueden dirigirse por carta para consultas a dicha señora a Claris, 57, Barcelona, mandando sello para su contestación.